

en que la señora Magdalena había dejado sola á su hija, se acercó á hablarla.

—Julia—dijo Ricardo acercándose.

La jóven quizá no recordaba haberle visto, porque levantó el rostro con extrañeza.

—¿Qué quereis?—dijo.

—Necesito hablaros un momento.

—Y bien, decid.

—Seré breve, porque nos observan: Antonio me ha encargado de custodiaros, de ayudaros; ¿qué se os ofrece?

—Gracias; por ahora, nada absolutamente.

—En todo caso, sabed que teneis aquí un amigo; tal vez Antonio os habrá hablado de mí; soy Ricardo.

—En efecto—contestó Julia con mas amabilidad y tendiéndole una mano—sé que sois su verdadero amigo.

—Contad, pues, con esa amistad, y adios, porque me parece que he visto á Brodeli que nos observa: no os olvidéis, aquí estoy.

Y Ricardo estrechó la mano de Julia y se retiró.

En efecto, á poco encontró al vice-almirante, que le dijo con aire de suma severidad:

—¿Podeis decirme el negocio que os llevaba cerca de esa jóven?

—Una visita de simple amistad.

—Está bien; pero espero que eso no se repetirá.....

—¿No se repetirá? ¿y por qué? ¿falta en algo á nuestra contrata con eso?.....

—No precisamente á la contrata, pero sí á las costumbres establecidas entre nosotros, y á la prudencia.....

—¿Cómo?

—El marido de esa jóven está en expedicion con el almirante, y no le parecería muy bien el saber que andais en

XVI.

Ricardo y Brodeli.

JULIA se encerró en la cámara y no quiso volver sobre cubierta para nada; se sentía sola, enteramente sola, porque la señora Magdalena apenas le dirigía la palabra, y aprovechaba toda oportunidad para alejarse de ella.

En el concepto de la señora Magdalena, Julia había deshonrado á la familia declarándose esposa de Brazo-de-ace-ro, que cuando mas era un cazador de toros en la Española, y cuando menos un pirata.

Ricardo y Brodeli espiaban á la jóven, aunque con diversas intenciones; Ricardo para protegerla, Brodeli para hacerla suya; pero la ventaja estaba de parte de aquel, porque conocía á su enemigo, mientras éste ignoraba que hubiera en el navío otra persona que se interesara por Julia, fuera de la señora Magdalena.

Ante todo el inglés creyó que era necesario que la jóven supiera que Antonio la había dejado un protector, y ponerse de acuerdo con ella. Aprovechando, pues, un momento

amistades con una mujer que es suya; esto podría traernos grandes disgustos entre los nuestros.....

—Pero si yo.....

—Además, entre nosotros se respetan como sagradas las propiedades, y esa jóven ha quedado bajo la garantía de los jefes de su marido, que deben cuidar del honor de sus soldados como del suyo propio.....

—Pero.....

—Dejadme concluir: si esto se tolerase, ninguno saldria á campaña con tranquilidad dejando á su familia, porque temeria que durante su ausencia se burlaran de él.....

—Es que yo no he tenido la menor intencion.....

—No estoy yo aquí para juzgar de intenciones, sino de hechos; y os advierto, bajo las penas mas severas, que no volvais á andaros en amistades con esa jóven; ¿lo entendeis?

Ricardo comprendió cuánta maldad encerraban estas reconvenciones, y se mordió los labios hasta hacerse sangre.

Brodeli tendia astutamente un lazo para separarle de Julia, para dejarla sin amparo, y esto con el hipócrita pretexto de cuidar el honor de los soldados que andaban en campaña.

Ricardo determinó callar y observar.

El vice-almirante rondaba todo el dia al rededor de Julia; esperaba una oportunidad y ansiaba un medio para apoderarse de ella.

La víspera misma del dia en que los piratas tomaron la villa, Ricardo, que estaba siempre en acecho de Brodeli, oyó que éste hablaba con uno de los jefes; era el capitán de un navío, propiedad del mismo Brodeli, y que se llamaba el *Cisne*.

Ricardo se ocultó de modo que no pudieran verle y que él pudiera oír cuanto hablaban.

—Tened todo dispuesto—decia Brodeli—y aparejado para darnos á la vela mañana mismo: no es posible seguir así al lado de Morgan, perdiendo tiempo cuando podemos hacer por nosotros tan buenos negocios, teniendo necesidad de partir nuestras ganancias con estos ingleses que Dios confunda.

—Teneis razon—contestaba el otro;—cinco de los buques que forman esta armada son franceses, y nos seguirán: además, creo que este en que estamos es una presa hecha por nosotros y nos corresponde.

—Así debia ser; pero es preciso tener alguna condescendencia, y quiero que nos separemos de Morgan y de los ingleses, de amigos y sin desavenencia alguna; ya listo todo para darnos á la vela, salto á tierra, le aviso de mi resolucion y nos vamos.

—Perfectamente.

—Antes tengo que deciros; mañana al amanecer llevaré allá dos mujeres, bellas las dos; la mas jóven es mia, cuidádmela y respetadla: en cuanto á la otra, tomadla si os place, ó dadla en mi nombre á quien mejor os parezca.

—¿A qué hora las espero?

—Antes de que amanezca enviad por ellas á vuestro bote; yo daré aquí cuatro marineros de confianza, porque quizá se resistan.

—Lo haré; mañana antes de amanecer.

Esta conversacion la habian tenido en francés Brodeli y el otro; pero Ricardo comprendia perfectamente ese idioma, y no perdió una sola palabra.

El plan de Brodeli estaba claro, llevarse á Julia y separarse de Morgan con todos los navíos franceses. Ricardo se puso á meditar un medio de salvar á Julia y de impedir la traicion del vice-almirante.

La guardia que custodiaba los prisioneros españoles era de ingleses.

Ricardo habló con ellos; no tenían orden para impedir que los prisioneros anduvieran á su voluntad por todo el navío, y solo su consigna era de vigilarlos para que no tramasen una sublevacion. Esto era cuanto Ricardo necesitaba saber.

Comenzó á estudiar el rostro de aquellos españoles, á ver cuál prestaba mas confianza, y se fijó precisamente en el viejo capitán Don Simeon Torrentes.

—Oidme, amigo—dijo acercándosele.

El capitán dió casi un bufido y volvió el rostro á otro lado.

—Oidme—continuó Ricardo;—¿quereis huir?

—¡Hum!—dijo Don Simeón;—¿qué decís?

—Que si quereis huir de aquí; es decir, que si quereis vuestra libertad.

—¿Hablais de veras?

—De veras.

—Entoncés ¡con mil rayos! ¿cómo preguntais á un prisionero si quiere su libertad?

—Supongo que querreis; pero lo que deseo saber es si tendreis valor para arrostrar el peligro que os ha de hacer libre.

—Sí que le tendré; ¿pero á mí quién me asegura que vos obrais conmigo de buena fe, y que no es una celada para asesinarme?

—¿Y qué interes podria yo tener en vuestra muerte?

—No lo sé; pero vale mas estar siempre prevenido.

—Tened confianza en mí, que no tengo pruebas que daros de mi buena fe: si quereis, creedme; si no, al otro lado; nada le hace.

Don Simeon reflexionó un momento, y luego exclamó:

—¡Con cien legiones de demonios! decid, os creo; me fio de vos: si me engañais, Dios que os lo demande: ¿qué hay que hacer?

—En primer lugar, escoged entre vuestros compañeros otros tres, valientes y buenos bogas.

—¿Y luego?

—Esta noche os daré cuatro trages semejantes á los nuestros, para que no os conozcan; esperais á que os llame, tomais por fuerza á dos mujeres que vienen en este navío, y las meteis á un bote que debe venir por ellas; dejais que se aleje un tanto el bote, entonces os arrojaís sobre los piratas franceses que van en él, los matais, los echais al mar, y libres y con el bote á vuestra disposicion, bogais hasta la playa, y Dios os ayude.

—Y en caso de que todo salga bien, ¿qué hacemos de esas dos mujeres?

—Esa es precisamente la condicion que os pongo: salvadlas de los piratas franceses, y ponedlas en tierra en lugar seguro.

—¿Y si no nos llamais?

—Entonces paciencia; señal será de que se perdió el golpe.

—Buscaré á mis compañeros.

Ricardo se separó de Don Simeon, pensando cómo haria para sustituir á los cuatro españoles en el lugar de los cuatro marineros que debian traspardar á Julia y á la señora Magdalena.

Pasó la mayor parte de la noche meditando, llevó los vestidos á Don Simeon y á sus compañeros, y la idea que necesitaba no venia; pero una casualidad le sacó de aquella ansiedad.

La noche pasó, y se anunciaba la mañana, cuando Brodeli se presentó delante del inglés.

—Para que veas—le dijo—que creo en tu enmienda, te voy á confiar una comision.

Ricardo tembló, creyendo que se trataba de separarle del navío, y enviarle á tierra.

—Busca cuatro marineros de toda confianza para que conduzcan al *Cisne* á esas dos señoras que están siendo aquí objeto de cuestion y fuego de discordia.

Ricardo apenas daba fe á lo que oia; ni en sueños le habia ocurrido que Brodeli le habia de elegir para semejante comision; y fingiendo indiferencia preguntó:

—¿Para cuándo han de estar listos esos hombres?

—Ahora mismo; vé en su busca.

Ricardo, como para mostrar subordinacion, se levantó violentamente y llegó adonde estaban los prisioneros.

—Arriba—dijo á Don Simeon.

—¿Ya es hora?—preguntó el viejo.

—Sí; ¿dónde están los compañeros?

—Aquí.

Levantáronse los cuatro y siguieron á Ricardo.

—Los llevo de órden del vice-almirante á presentárselos—dijo el inglés á un oficial que los custodiaba.

Cuando Ricardo llegó adonde le esperaba Brodeli, el bote del *Cisne* estaba ya esperando.

—Aquí están—dijo el inglés, presentando en la oscuridad á sus hombres.

—Baja con ellos—contestó el almirante—y apodérate de las dos mujeres, y de grado ó por fuerza las traes aquí.

Ricardo, seguido por los españoles, obedeció.

Julia y la señora Magdalena dormian vestidas, y despertaron espantadas con aquellos hombres.

—Seguidme, señoras—dijo Ricardo.

—¿Pero adónde?

—Ya lo sabreis; seguidme.

—¿Ricardo!—exclamó Julia—¿adónde nos llevan?

—No lo sé, señora; es órden del vice-almirante.—Y luego acercándose á ella, le dijo muy bajo:—Id sin desconfianza, os lo ruego.

—¡Vamos, madre mia!—exclamó Julia.

—¡Vamos!—dijo la señora Magdalena.

Ricardo se presentó, seguido de las señoras y de sus marineros.

—Aquí están—dijo á Brodeli.

—¿Se han resistido?

—Tanto, que creo que es preciso ir las cuidando mucho, porque capaces son de arrojarse al mar, de desesperacion.

Julia miró espantada á Ricardo; aquella era una horrible mentira.

—Bien; bajadlas: dos hombres para cada mujer.

Dos marineros se apoderaron de la señora Magdalena, y dos de Julia.

Así las bajaron al bote, en el que no habia sino dos remeros y un hombre que llevaba el timon.

—Ricardo bajó hasta dejarlas en el bote, y dijo al oido á Don Simeon:

—Todo está como os lo prometí; ¡valor!

—Descuidad; todo saldrá bien.

El inglés volvió á subir, y el bote se desprendió: á pesar de que la operacion se habia comenzado de noche, empezaba ya á brillar la mañana.

Ricardo estaba desesperado, porque ya desde el navío se

podía distinguir algo de lo que pasaba en el mar, y el vice-almirante no despegaba su vista del bote que se alejaba.

De repente Brodeli exclamó:

—¿Qué es eso? ¿qué pasa allá? parece que se baten en ese bote.

En efecto, Don Simeon y sus compañeros, armados de grandes cuchillos, se habían lanzado sobre los marineros del bote.

Los piratas resistieron un momento; pero desprevenidos como estaban, pronto sucumbieron, y uno en pos de otro, sus cadáveres fueron arrojados al mar.

El combate duró un momento; los españoles se apoderaron de los remos, y con toda la energía de la desesperación comenzaron á bogar.

—¡Se sublevan y se roban el bote!—exclamó Brodeli, ciego de furor:—á botar al mar las lanchas; ¡fuego sobre ese bote que huye! ¡fuego!

Pero ni los botes estaban dispuestos, ni la artillería lista, ni los fugitivos lejos de la playa; de manera que cuando quisieron perseguirlos, habían saltado á tierra y perdiéndose en los bosques, dejando el bote salvador flotando entre la marejada de la costa.

XVII.

La salvacion.

EL vice-almirante no conoció entonces límites en su furor, y pasó por su cerebro la idea, como un relámpago, de que todo aquello era obra de Ricardo.

Inmediatamente le hizo venir á su presencia.

—¿Qué marineros habeis sacado para conducir á esas mujeres?—le preguntó ronco de ira.

—Cuatro que me habeis pedido.

—¿Quiénes eran ellos?

—Ignoro sus nombres—contestó desdeñosamente Ricardo.

—¡Atad á ese infame!—gritó Brodeli á los marineros que escuchaban.

—¡Infeliz del que se atreva á tocarme!—gritó Ricardo sacando su cuchillo.

Los marineros, que en su mayor parte eran ingleses, y que detestaban al vice-almirante, fingieron terror y no se movieron.